

misión de Cambios y Moneda —conocida por la opinión pública como la Monetaria— y su relación con los bancos mexicanos. Demostrar que la crisis bancaria de 1913 comenzó con el Banco Central Mexicano, pues sus negocios agrícolas fueron financiados por la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, S. A., desde 1910 y no directamente por el Central. *Peccata minuta* es el origen que apunta Anaya al ministro Montes de Oca, “es enriquesta” (p. 243) sin explicitar a quién se refiere, por supuesto que no podría ser el general Henríquez opositor de 20 años después. La obra de Anaya, en todo momento, vale la pena leerse con interés y detenimiento tanto por expertos en el tema como por el público ávido de buenas investigaciones históricas.

Jesús MÉNDEZ REYES
*Instituto Nacional de Estudios Históricos
 de la Revolución Mexicana*

Aurelio de los REYES: *¿No queda huella ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, 2002, 391pp. ISBN 968-36-8110-7

¿No queda huella ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia es un libro singular. Como moderno Herodoto que busca detener el tiempo a través de las imágenes, Aurelio de los Reyes pone ante nuestros ojos un mundo que se ha esfumado y no podemos evitar que nos invada la nostalgia. El texto y las imágenes permiten seguir a la familia García Rojas a través de incontables vericuetos matrimoniales, sellados por afectos que le dieron cohesión durante siglos, pero que no lograron sortear los estragos causados por los cambios sociales violentos y la urbanización, también transformadores de la nación. Al final nos consternáramos al observar fotos de aquellas ruinas de prósperas haciendas, único testigo de su vieja grandeza. De alguna manera el libro nos revive un México que ya no existe y que sólo nos deja esperar que haya sido para mejor.

Como viejo enamorado de la imagen, es natural que Aurelio escogiera la iconografía como punto de partida para salvar del olvido a su familia. Sin embargo, hay que aclarar que, aunque fue

una colección fotográfica, de objetos y papeles varios la que le sugirió la aventura, una vez que ésta se convirtió en una de sus múltiples obsesiones, lo llevó a hurgar en toda clase de archivos oficiales y familiares en diversos estados, de la que da cuenta precisa. Los que conocemos al autor desde largo tiempo, sabemos bien de su madera de investigador y de su dedicación total para aclarar, a cualquier costo, temas que le intrigan. Por eso el libro que hoy nos presenta está lleno de sugerencias que, ojalá, sienten escuela y contribuyan a salvar archivos y fotografías familiares, tantas veces víctimas de la irracionalidad humana que, con la destrucción, intentan borrar el pasado.

En sus primeras páginas Aurelio confiesa cómo, desde niño, sintió amor por las cosas viejas, sentimiento que le despertó el cosquilleo por hurgar en el pasado, más allá de la simple curiosidad sugerida por la vieja canción de Gabilondo Soler, "Di por qué, dime abuelita", hoy aparentemente tan ajena a nuestros niños, preocupados más por el futuro. Sin duda las imágenes sirven de guía para explorar las cambiantes actitudes, costumbres, pretensiones, anhelos y hasta sentimientos humanos, pero es el texto el que nos sitúa en las circunstancias y escenarios en las cuales la familia se multiplicó y, unida a otras familias se extendió por una gran región que, aunque hoy está dividida en varios estados, constituía y constituye una unidad cultural y económica.

Las cartas, los trozos de diarios y de notas que acompañan al texto junto a las fotografías, nos hablan elocuentemente no sólo de las vicisitudes de la familia, con las altas y bajas naturales del acontecer, sino también de sus ocupaciones, costumbres, vestidos, diversiones, cambios de residencia y hasta del carácter de sus miembros. Con todo ello, el libro nos proporciona un relato multifacético que, al ilustrar un buen trozo de historia mexicana, también permite desafiar algunas generalizaciones sobre las élites y las haciendas. Resulta interesante que en el septentrión novohispano, las haciendas gozaran de la prerrogativa de constituirse como Casa de Cadena,¹ inviolabilidad que permitía que su dueño protegiera hasta prófugos del Santo Oficio.

¹ Véase p. 63 "Era un régimen impuesto por la baja densidad demográfica y la lejanía, particularmente en las haciendas en el extremo norte de la Nueva España..." "Estando mi padre don José Ángel en el escritorio [dependencia donde el propietario atendía los asuntos de las haciendas] de San Pedro [Piedra Gorda] un día de tantos, llegó el señor Murguía a caballo desbocado y se metió en la casa. Mi padre, don Ángel Elías estaba en el escritorio y les preguntó a los mozos (que siempre tenía 25, per-

También es notable que los hacendados se empeñaran en mantener la unidad de sus propiedades, heredándolas no al mayor, sino al más apto para su administración o al conjunto de los hijos. Por supuesto que sus miembros más prósperos, durante el siglo XVIII lograron ennoblecerse y vincular mayorazgos para evitar el desmembramiento de propiedades. Interesante resulta también que miembros de la misma familia ocuparan el cargo de mayordomos, sin perder el trato familiar.

La lectura no pudo sino recordarme el *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, tal vez porque hube de regresar muchas veces la lectura, para orientarme entre los García de Roxas, tal como había hecho con los Aurelianos Buendía y, hasta llegué a temer, que de tanta consanguinidad nacieran criaturas con rabo de cerdo, lo que por fortuna no sucedió a pesar del constante matrimonio entre familiares cercanos. Por cierto que la lectura de los árboles genealógicos me dejó perpleja, es posible que por su complejidad de estar dividida en tres partes requiriera una guía para su lectura.

Los miembros de la familia y sus múltiples habilidades, no desaprovecharon la creación del ejército en 1765, para alistar algunos

fectamente bien armados, en el portal, porque bajaban los indios de Nayarit a llevarse a las vacas y demás ganado de Tierra Colorada, La Candelaria, La Quemada y lo que hoy es Troncoso).

—¿Qué ruido es el que se oye?

Entró el señor Murguía y le dice:

—Señor don Ángel, me viene persiguiendo el Santo Oficio, ¿me puede usted dar garantías?

—Sí hombre. Aquí a mi casa nadie entra porque tengo la prerrogativa de que es Casa de Cadena. No salgo violentamente porque estoy caliente de los ojos (estaba leyendo), pero uno de los mozos que eche la cadena.

En esto llegan 25 esbirros del Santo Oficio y le dicen a los mozos que fueron a poner la cadena, que les entregaran al reo que hacía cinco minutos había entrado a la casa. En esto ya se había enfriado don Ángel y sale al portal y les pregunta:

—¿Qué desean ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

Y le responden:

— Que nos entregue ese reo que acaba de entrar allí y lo reclamamos por orden del Santo Oficio.

— Yo no reconozco más autoridad que la de nuestro Rey, quien me ha concedido la prerrogativa de que mi casa sea Casa de Cadena y por lo tanto, toda persona que entra a ella está protegida.

miembros a la institución de manera de adquirir el fuero que concedía, para proteger sus intereses. Sin embargo, hay que aclarar que los criollos, como españoles americanos, no pudieron ascender más allá del coronelato, ya que los grados superiores se reservaban siempre para los militares profesionales, todos ellos peninsulares.

Los García de Roxas diversificaron sus empresas, pues aunque prefirieron las haciendas, incursionaron en el comercio, la minería y los bienes raíces, como era común para protegerse de las veleidades de la fortuna. De todas maneras, la familia hubo de sufrir los estragos que conllevó la independencia, al igual que lo harían con otras guerras civiles. Pero la fundación de la nación en 1821 también le abrió oportunidades, nada menos que de la familia salieron cinco gobernadores de Zacatecas y el primero de Aguascalientes. Al segundo gobernador de la familia, el respetado Francisco García Salinas, estadista de gran visión, se le debió la modernización de las minas en Zacatecas, para las que importó máquinas de vapor para desaguarlas, además de iniciar la explotación de otras y promover todos los aspectos de la economía estatal. Así, el pequeño estado se convirtió, durante la primera década independiente, en el más próspero. Por desgracia, el intento de García y de la élite política del estado por recuperar la legalidad federal, perdida al violarse la primera sucesión presidencial en 1829, involucró a Zacatecas en la revolución de 1832. Esto obligó al estado a gastar sus recursos para sostenerla y a perder los mejores elementos de su milicia. Por eso, con razón, Mariano Galván del Río se quejaba en 1837 en una carta a Antonio García Salinas, de que Zacatecas y García habían contribuido “muy eficazmente a la elevación de un zaragate que en el dilatado tiempo de 15 años ha llenado de luto y miseria a nuestra desgraciada patria, y se le conocía ya de antemano” (p. 135). El zaragate era, desde luego, el inefable Antonio López de Santa Anna. Francisco García desconfiaba de él, pero al suicidarse Manuel Mier y Terán, su candidato para la presidencia en 1832, al igual que la Asamblea Legislativa, decidió tomar el partido de Santa Anna, a condición de que el periodo presidencial restante hasta marzo de 1833, lo ocupara don Manuel Gómez Pedraza, justo el mismo que había sido elegido legalmente en 1828. Esa parte, tan delicada, con sus años tan turbulentos, ameritarían ser situados en una versión menos sesgada de la “oficial”, heredada del *México a través de los siglos*, pues sería la miopía de liberales tan conflictivos como Valentín Gómez Farías y Manuel González de Cossío y, en

menor medida, García Salinas, la que enterraría al primer federalismo. No hay que olvidar que en todas las actas municipales levantadas en 1834 contra Gómez Farías, el primer agravio que se mencionaba, era la infamante Ley del Caso que había desterrado injustamente a muchos honestos ciudadanos, sólo por el temor de que se opondrían a las reformas que pensaba emprender.

Para defender lo que concebía como soberanía estatal, don Francisco García alistó a un número exagerado de zacatecanos en la milicia (a pesar de su escasa demografía), y construyó una fortaleza para defenderse de la federación. Al anunciarse la reducción de la milicia cívica en 1835, destinada a evitar su involucramiento en desórdenes y la distracción de brazos de tareas productivas. Los diputados zacatecanos trataron de negociar, pero la milicia sin respetar que su comandante legal era el gobernador Cosío, nombró por su cuenta al ex gobernador García, y desafió el cumplimiento del decreto federal que reducía las milicias. Aunque no llegó a darse enfrentamiento con el ejército encabezado por Santa Anna al huir gobernador y comandante, el veracruzano, en connivencia con empresarios zacatecanos, ocupó empresas estatales y rentó la Casa de Moneda. Así, la economía zacatecana, ya vulnerada por las aventuras políticas de sus dirigentes, se estancó. Pero estas precisiones no afectan al libro, que incluye cartas importantes y desconocidas de García. La separación de Aguascalientes se venía fraguando desde 1821. En casi todas las provincias había una población que era su capital natural; en aquellas en que había dos, como en Yucatán, Sonora, Zacatecas y Coahuila, hubo problemas o división. Por eso es curioso que haya persistido el mito de que doña Luisa Fernández besara a Santa Anna, a cambio de la separación de Aguascalientes.

Aurelio siente la necesidad de justificar la ortografía de sus ascendientes, aunque en realidad es mejor que la de contemporáneos como don Mariano Riva Palacio o Mariano Paredes. Las mujeres, en general, escribían con garrafales faltas de ortografía, similares a las de Concha Lombardo de Miramón, en México o Josefa Paredes, en Guadalajara. Por cierto que muchas mujeres de la familia resultan impresionantes, desde la litografía de la Güera Rodríguez, para mí desconocida, pasando por el cuadro de doña Francisca de la Gándara, la virreina mexicana, a las fotografías de doña Mariana Elías viuda de García Rojas y la de Lola García Rojas retratada con cananas y rifle. Aunque como todas las niñas mexicanas, las de la familia se educaran básicamente para el manejo de la casa, no se amilanaron cuando tuvieron que

administrar sus haciendas o fueron capaces de escoger a alguien que lo hiciera debidamente. Lo que sorprende es que hubiera mujeres enteradas de la política nacional, como se adivina en la carta de Juan Moneada, Conde del Jaral a su hija, comentándole extensamente sobre la situación del país en 1844 y los rumores de que se disolvería el Congreso antes de finalizar el año. Él no podía saber que el Congreso se rebelaría y terminaría por desaforar al presidente, nada menos que Santa Anna. Lo que sí, es que hasta el siglo xx, recibieron reatazos por echar novio.

La agradable prosa de Aurelio y la intercalación de dedicatorias y datos de vida cotidiana, hacen grata la lectura. Su información sobre daguerrotipos, ambrotipos y ferrotipos es impecable, pero los que desconocemos esos temas, podemos gozar de las informaciones curiosas: que los extranjeros destrozaban los caballos, que los caballeros llevaban carnet de baile, que en las tiendas se hacía trueque por falta de dinero, que por aquellos rumbos se cantaban unas mañanitas diferentes, etcétera.

El libro también muestra la necesidad de un trasfondo nacional para las microhistorias, aun las familiares, de manera de explicar debidamente sus avatares. La Reforma afectó a los García Rojas, que no pudieron sino sucumbir al encanto del segundo imperio. Sin embargo, parece que iban a ser los ferrocarriles y el fin de la arriería, la revolución, la guerra cristera y el agrarismo, los que terminarían con las haciendas, como lo expresan los títulos de las últimas fotografías, San Nicolás de Quixas de mal en peor.

Aquí y allá, Aurelio hace gala de orgullo regional, un septentrion productivo de un tipo de conquista diferente, "cuya grandeza estriba no en la destrucción de culturas, sino en la conquista de páramos" (p. 59), aunque habría que recordar que esa conquista también hizo víctima de los chichimecas.

En su introducción, Aurelio manifiesta que la factura del libro le permitió asimilar su pasado. Desde luego en el libro hay también un intento de autodefinición, de propia reconstrucción a la luz de su pasado. Genio y figura, tan propios del doctor de los Reyes, no pueden menos que llevarlo a afirmar un intento de destrucción, para deshacer "los sueños de grandeza pasada que, según dice, no fue tan grande". Esto difícilmente lo cumple, pues la familia García Rojas sin dejar de ser una de tantas, lo es de un grupo social al que la mayoría no pertenecemos. De su alto linaje de españoles americanos dan fe impresionantes cuadros, uno de ellos conservado en el Museo del Prado (p. 36), otro en el Mu-

seo Nacional de Historia (p. 34) y uno más en el de Tepotzotlán (p. 74). Extrañamos más fotos de su familia cercana, aunque se atrevió a incluir una suya en su primera comunión.

Aunque el autor declara no haber encontrado un método para tratar sistemáticamente un material tan poco convencional, el resultado es una historia singular que merece una gran bienvenida.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México